

Érase una vez una joven muchacha tan dulce, que bastaba con verla para encariñarse con ella. Aunque, sin duda, quien más la quería y con diferencia era su abuela, que no se le ocurría mejor manera de demostrar su cariño que colmándola de regalos. En cierta ocasión, llegó a regalarle una caperuza de terciopelo rojo a juego con una capa del mismo color, y como a la muchacha le quedaba tan bien y no quería ponerse otra cosa, la gente terminó por olvidarse de su nombre y empezó a llamarla Caperucita Roja.

Un día, su madre le dijo:

—Mira, Caperucita. He preparado un trozo de bizcocho y una botella de vino para que se lo lles

a la abuelita, porque como está tan débil y enferma, seguro que le reconfortará. Se cortés y amable con ella y salúdala de mi parte, ¡y ni se te ocurra empezar a curiosear por las esquinas cuando llegues a su casa! Vete antes de que apriete el calor y haz el favor de compórtate tal y como le corresponde a una jovencita de tu edad: nada de corretear por allí y menos aún de salirte del camino, porque si te caes y se rompe la botella, la pobre abuelita se quedará sin nada.

Caperucita Roja prometió ser obediente y, ni corta ni perezosa, allá que se puso en camino hacia la casa de su abuela, pues esta vivía en medio del bosque, a una media hora de la aldea.

Apenas Caperucita empezó a adentrarse en el bosque, casi se da de bruces con el lobo, pero como aún no sabía que era un animal muy malvado, no se asustó.

—¡Buenos días, Caperucita! —le dijo el lobo.



—Muchas gracias, señor lobo, lo mismo le deseo a usted —contestó ella.

—¿Adónde vas tan de mañana sola por el bosque?

—A ver a mi abuelita.

—¿Y qué llevas debajo del delantal?

—Bizcocho y vino: como ayer horneamos varios bizcochos y la abuelita está tan débil y enferma, le llevo un trozo para que recupere las fuerzas.

—Y tu abuelita, Caperucita... ¿dónde vive?

—¡Uy! Aún falta un buen cuarto de hora de camino, porque su casa es esa que está en lo más profundo del bosque debajo de los tres gigantescos robles, donde más abajo crecen unos avellanos, como sabrás —contestó Caperucita.

Mientras el lobo acompañaba a Caperucita Roja un trecho en su paseo, al mismo tiempo pensaba: «Esta tierna jovencita debe de ser un bocado exquisito y, sin duda, mucho más sabroso que la



